

«Los otros exilios».
*Crónica de un curso
 apasionado...
 Y apasionante*

Para Carmen Caamaño y María Zambrano

Del 24 al 28 de julio de 2006 tuvo lugar en Vélez-Málaga, en el Palacio de Beniel, sede de la Fundación María Zambrano, el curso dirigido por José Luis Abellán "Los otros exilios", con la secretaría de Julia Cela. El organizador de los cursos de verano de la Universidad de Málaga y director de la Fundación es Juan Fernando Ortega. De todos ellos tendremos ocasión de hablar en estas páginas.

Si hay algo en nuestro recuerdo que identifique estos días sería su autenticidad y, como decimos en el título, una cierta pasión.

Nos habían dicho que no nos esforzáramos demasiado, que era un *curso de verano*, ligero, con algo de lúdico, para jóvenes tal vez cansados de un periodo académico exigente y, por obligatorio, detestado. Con ese espíritu acudimos. Pero ya desde la conferencia inicial "Los otros exilios: otra España", el tono fue distinto. El listón alto. Y es que José Luis Abellán no puede hablar a la ligera del exilio republicano de 1939, algo que comprendimos muy bien en las palabras finales de la intervención de José Luis Mora.

Nuestro director tomó contacto con el exilio filosófico en los años 60 en un congreso en Puerto Rico, donde conoció como profe-

sor invitado a José Gaos, con quien inició una amistad que se prolongaría mucho tiempo. Abellán descubre y toma contacto con representantes de la filosofía española en el exilio: Eduardo Nicol, García-Bacca, Eugenio Imaz, Joaquín Xirau, José Ferrater Mora... es decir, con las figuras más destacadas de la dispersión filosófica que ocasionó la derrota de la Segunda República española. Es preciso recordar que la filosofía española había alcanzado en 1936 uno de los niveles más altos de su historia, destacando la obra de Unamuno, Ortega y Gasset, García Morante, Xavier Zubiri y María Zambrano, entre otros.

Hacía tiempo que su inquietud intelectual había llevado a José Luis a colaborar en *Ínsula* y en otras revistas.

En 1967 ya tenía publicado *Filosofía española en América (1936-1966)*, y tales eran las circunstancias que en el prólogo de la reedición de 1998 (corregida y aumentada) del Fondo de Cultura Económica (siendo la directora Margarita de la Villa), él mismo escribe: "Hablar en un libro del exilio filosófico cuando ni siquiera se quería reconocer oficialmente la existencia física del mismo, era una tarea imposible, y a tal punto fue así, que la palabra *exilio* tuvo que desaparecer del título del mismo".

Pero si desapareció del título se incrustó en la mente y podríamos decir que también en la vida del autor.

No se trata aquí de hacer la biografía intelectual de José Luis Abellán, pero si él ha escrito en otro lugar: "el tema que voy a desarrollar tiene importantes implicaciones autobiográficas", y se refería al exilio republicano en su totalidad, ¿qué quiere decir? Pues



nada menos que el estudio del exilio y no sólo filosófico, ha constituido una parte importantísima de su quehacer vital. En resumen, ese José Luis sencillo, con cierto aire de despiste, que parece que no se entera, y que nos reunió a un grupo de investigadores en torno a María Zambrano, ha sido uno de los pioneros en la recuperación de un pasado que había sido sustraído a los jóvenes de la postguerra.

Transcribimos otro párrafo de otro de sus libros, porque es el itinerario que, de una u otra forma muchos de nosotros hemos recorrido. "Elías Díaz ha hablado en un libro sobre el tema de la recuperación del pensamiento democrático y del pensamiento socialista; pues bien, dentro de esa función general de recuperación del pasado, está también la recuperación del exilio a la que yo he procurado contribuir personalmente. (Después Pilar Altamira nos recordaría con su intervención que estamos en tiempos de reconstrucción.)

Al principio fue una tarea difícil, una tarea de adivinación y de presentimiento. Un día oímos en una conversación mencionar de modo volandero la Institución Libre de Enseñanza, y preguntábamos: "¿Y eso qué es?". Con la contestación recibida ya empezábamos a saber algo. Otro día le concedían el premio Nobel a Juan Ramón Jiménez, y preguntábamos asombrados: ¿Quién es...? La respuesta nos hablaba necesariamente del exilio, y eso nos incitaba a nuevas indagaciones. Así, de forma precaria y aleatoria, íbamos descubriendo un mundo que se nos ocultaba de forma arbitraria y sistemática." (*De la guerra civil al exilio republicano (1936-1977)*).

Por ese camino y apoyado por un núcleo de amigos que sabían o querían saber, escribió entre 1976 y 1978 la "Biblia" de nuestro tema: los seis tomos editados por Taurus. Y ahora trataba de transmitir a los asistentes al curso todo aquello, como hubiera hecho el maestro Giner. ¿Se comprende ahora lo del listón?

Los alumnos —no muchos, pero buenos—, estaban silenciosos por ahora.

Después, en el mismo día empezaron nuestras intervenciones, que abordarían los aspectos específicos del programa:

—"Los otros exilios: otra España" (José Luis Abellán)

—"Los universitarios en el exilio" (M^a Fernanda Mancebo)

—"Evacuación y exilio de los niños" (Alicia Alted)

—"El legado científico del exilio" (Ernesto García Camarero)

—"Historiadores en el exilio" (Pilar Altamira)

—"Labores de traducción por los exiliados" (Antonio Jiménez García)

—"Los grandes juristas del exilio" (Margarita de la Villa)

—"Sentirse exiliado antes de serlo" (José Luis Mora)

—"Periodismo y exilio en Argentina" (Julia Cela)

—"La dispersión de la Escuela de Madrid" (Juan Fernando Ortega)

M^a Fernanda Mancebo ha llegado al exilio desde sus trabajos sobre la Universidad de Valencia.

El rector José Puche y algunos profesores,

el decano de Derecho José M^a Ots Capdequí, el profesor de Letras Emili Gómez Nadal... habían salido de España al terminar la guerra, en la que defendieron denodadamente al gobierno legítimo de la República. Y con ellos salieron muchos otros intelectuales. La visión a largo plazo de lo que podría ocurrir y ocurrió con el triunfo de los rebeldes, les indujo a buscar un lugar donde poner a salvo su vida y sus trabajos. Significativamente, como está comprobado, eran quizá los más cualificados. No en vano el grito de Millán Astray: "Muera la inteligencia", había dado la medida de lo que pretendían los golpistas. En ese intento de salvación colaboró activamente el gobierno de la República que desde el primer momento favoreció la salida de los profesores leales de los centros de estudio más importantes que en aquellos momentos eran, sin duda, Madrid y Barcelona. Después nos lo explicaría Ernesto García Camarero.

Valencia, afortunadamente en la retaguardia, y rechazado el golpe de estado, pudo ofrecer salvaguarda temporal, tanto al Gobierno, como al patrimonio artístico de Madrid y a los universitarios asediados en noviembre de 1936. La Casa de la Cultura, el hotel Palace en la calle de la Paz, fue un refugio provisional mientras se arbitraban otros recursos. Antonio Machado vivió casi dos años en Rocafort, muy cerca de donde ahora escribimos estas líneas. Azaña y alguno de sus ministros habitaron en La Pobleta (Serra), cerca de la Cartuja de Portacoeli, que luego sería prisión de los que no lograron escapar por el puerto de Alicante.

Las múltiples gestiones que se realizaron para que otros países —coaccionados la mayoría por el infame compromiso de la *No Intervención*— ayudaran a la República española, dio sus frutos, especialmente significativos en el caso de México. En fin, la dispersión y diáspora de la inteligencia española comenzó en plena guerra y cristalizó en los largos años del exilio. Como símbolo de los intentos de defensa de los intelectuales desarraigados de sus lugares de vida y trabajo se hizo alusión a la Junta de Cultura Española, con su órgano *España Peregrina*, y la Unión de Profesores Universitarios en el exilio (UPUEE), creadas ambas en París en 1939, pocos días antes de terminar la guerra.

Después, en un breve recorrido, intentó acercar a los estudiantes al amplio espacio y situación de los profesores en los distintos países de América, Europa y la URSS. Quiso además hacer alusión a la triste suerte de los que se quedaron: depuraciones, campos de concentración y represión cruel hasta la muerte. Para M^a Fernanda es un deber ineludible contribuir a dar a conocer la magnitud del desastre, "el atroz desmoche" de la inteligencia, como ha escrito en su tesis el profesor Jaume Claret Miranda. "Lo que se perdió en la guerra no fue sólo un gobierno, sino toda una cultura", diría desde su exilio mexicano el rector José Puche Álvarez. Añadió la terrible represión que sufrieron los maestros y la cantidad de ellos que se tuvieron que marchar. El maestro de los años 30 era el enlace más cercano con el pueblo llano. A la universidad accedían muy pocos españoles; menos aún a lo que en aquel tiempo se llamaba "alta cultura".



Los alumnos seguían callados, pero el impacto de estas noticias se iba haciendo evidente.

El martes 25 de julio se abordaron dos temas que, a nuestro juicio, rompieron la barrera del silencio. Fueron los explicados por la profesora Alicia Alted y por el historiador de la ciencia Ernesto García Camarero.

Alicia, todos lo sabemos, ha trabajado mucho en el exilio en general; lo ha demostrado recientemente en su libro *La voz de los vencidos*, y además posee una gracia especial que llamaríamos “el don de la palabra”.

Hace ya muchos años (en 1984) participó en Valencia en el Congreso *España bajo el franquismo, 1936-1975*, organizado por el departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia y desde entonces hemos seguido su trayectoria y mantenido una amistad y colaboración profesional que en el caso del exilio se ha plasmado en la creación, con otros compañeros, de la AEMIC (Asociación para el estudio de los Exilios y Migraciones Ibéricos Contemporáneos). En los últimos años se ha dedicado a “una asignatura pendiente”, en frase de Rose Durox: los niños del exilio. Y de ellos nos habló en el curso. De esos niños víctimas inocentes de un conflicto que les era ajeno pero que les marcó de forma indeleble. Infancia que hubo de ser evacuada de sus lugares de origen, separada de sus padres y de su entorno familiar. Los niños de Asturias y del País Vasco que fueron a Bélgica y a Inglaterra, los niños de Madrid acogidos en la URSS y en Suiza y, según avanzaban las tropas franquistas, los niños a los que se alojó

primero en colonias y que tardaron mucho tiempo o nunca encontraron a sus padres. (Los “niños de Morelia” merecen un capítulo aparte del cual en otras ocasiones ya nos ha hablado Alicia Alted.) También los que salieron con ellos y sufrieron las vicisitudes propias. En cifras hablamos de 33.000 niños desplazados, de los que sólo algunos volvieron. Todo ello dicho sin dramatismo, pero con una emoción especial que, sin duda, llegó al corazón de los que escuchábamos. Hizo mención a una Exposición que se inaugurará en noviembre en la Biblioteca Nacional: “La guerra dibujada por los niños”, en la que se mostrarán los dibujos recuperados de colegios, albergues y colonias: bombas que aterraban a la población civil, que caían en las calles donde jugaban, destruían sus casas —que aparecen con frecuencia en llamas—; son dibujos que se conservan en universidades americanas y en la Biblioteca Nacional y que han sido catalogados por el equipo que ella coordina. En fin, el poder de la palabra.

Fue la primera vez que los alumnos intervinieron —también los profesores— en un debate que dejó en suspenso la interrogación final: ¿es mejor la evacuación?, ¿es preferible que las familias no se separen? Tenemos tantos terribles ejemplos en los últimos años...

Si la conferencia de Alicia nos conmovió con la inocencia de la infancia herida, la de Ernesto García Camarero cautivó, tanto por el tema como por la exposición y personalidad del conferenciante.

Ernesto, con su estampa de “rebelde de los sesenta”, no se sentó un momento. Tuvo también el acierto de utilizar diapositivas co-

mo guión. ¿Quién podría pensar que un tema, aparentemente árido, como es la Ciencia, iba a llamar tanto la atención?

No conocíamos personalmente al profesor García Camarero aunque sí sabíamos del libro que había escrito junto con su hermano Enrique *La polémica de la ciencia española*, y, de su contribución a los estudios del exilio del 39.

Aquí es preciso hacer un inciso sobre un dato que determinó en bastante medida el éxito de este curso: la mayoría de los profesores que interveníamos sólo nos conocíamos de nombre. El hecho de hacerlo personalmente, la decisión de quedarnos toda la semana en lugar de sólo el par de días necesarios para dar la conferencia y la suerte de coincidir en nuestros intereses profesionales, creó un clima de simpatía o empatía que afortunadamente luego se potenció con la incorporación de los alumnos al grupo. ¿Qué no hubiera dado don Francisco Giner de los Ríos, al que todos teníamos en mente, por vernos debatir y explicar y aprender, según su ejemplo? Porque en el fondo todos éramos conscientes de que el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza planeaba en el aula del Palacio de Beniel. Además don Francisco era de Ronda. También por eso era un curso especial, verdadero. No hubo esos profesores-fantasma. No podía ser.

Pero volviendo a la Ciencia, allí teníamos a Ernesto con su revuelto cabello blanco, que no le restaba juventud (pero por cierto contrastaba con la comedida apariencia del resto de profesores) y a su mujer, Pilar, que fue también un elemento precioso en la discusión y en nuestras posteriores reuniones

lúdicas..., “pescaítos”, berenjenas y canciones.

Fue un acierto que expusiera a grandes rasgos la azarosa evolución de la Ciencia en España: el Renacimiento, los siglos XVII y XVIII, la conexión con Europa, la aplicación de los conocimientos teóricos a las Ciencias aplicadas: Náutica, Cartografía, Astronomía, Metalurgia, Minería, Botánica..., las consecuencias y causas de los grandes descubrimientos, hasta llegar a las primeras décadas del siglo XV, los frutos de la Junta para Ampliación de Estudios, con José de Castillejo al frente, la Residencia impulsada por otro malagueño, Alberto Jiménez Fraud... Nombres y nombres e instituciones que a los profesores nos sabían a gloria, pero eran todo un mundo ignoto para los asombrados estudiantes. Ernesto, de vez en cuando, perdía los papeles, se liaba con las diapositivas, buscaba las miradas por encima o por debajo de las gafas (¿llevaba gafas?, en las fotos no aparecen)... en todo caso creaba interrupciones, si así se las puede llamar, que aliviaban un tanto la tensión y la atención de tanta sabiduría...

Y llegamos al drama de la Ciencia española. Los retrasos de otros siglos y el enfrentamiento del conservadurismo con la modernidad, perdieron importancia ante la ruptura que significaron la guerra civil y el exilio. En el primer tercio del siglo pasado la Ciencia española había conseguido un desarrollo que, salvando las distancias, podía equipararse al del resto de los países europeos. ¿Qué pasó? La España católica a machamartillo, los intereses económicos mal entendidos, el ejército, los “obstáculos tradiciona-

les”, no podían permitir aquel afianzamiento racional que ponía en peligro la esencia –por no llamar ignorancia– que mantenía a “una” España sometida a la “otra”. ¿Es así? “Españolito que vienes/al mundo te guarde Dios...” Y aquellos científicos que tanto había costado formar se fueron. Por eso, entre otras razones tiene tanta importancia el exilio de los científicos, porque era débil, y porque reconstruir lo que tanto esfuerzo había costado crear sería, y de hecho ha sido, una empresa titánica. En su opinión apenas se habían conseguido equipos de investigadores en Madrid y en Barcelona. Las grandes instituciones se apoyaban en nombres ilustres pero escasos, y si se repasa la nómina de exiliados, ahí estaban casi todos: los discípulos de Cajal, los Bolívar, Blas Cabrera, los Giral, Madinaveitia, Rey Pastor, Santaló, Corominas, Duperier, Moles, Pi i Sunyer... los médicos se fueron, los maestros de humanidades también...

Un aplauso conmovido cerró áquel capítulo de nuestra historia. Y por fin un alumno preguntó: “¿Tendrá esto que ver con las dificultades de trabajar con células madre y otros problemas de la ciencia actual española?”. Aquel día el moderador tuvo que cortar el debate.

Tercer día: Pilar Altamira y Antonio Jiménez (miércoles 26 de julio).

Hemos hablado (escrito) de muchas palabras y ahora correspondía que las usara precisamente la persona que más había pensado sobre ellas: **Pilar Altamira**, quien tuvo la atención de obsequiarnos con un pequeño librito en que resume sus reflexiones sobre el habla. En el prólogo José Luis Abellán seña-

la: “Haciendo honor a un apellido de alta alcurnia en nuestra cultura... constata la necesidad de volver a aquellos griegos que nos enseñaron a pensar e hicieron de la palabra el instrumento idóneo para ello. *La palabra olvidada* –título del libro–, pero olvidada precisamente por eso, porque de lo que nos hemos olvidado es de pensar, y no puede haber “habla”, sin pensamiento propio; lo demás no es hablar sino recitar”... “por mucho que avancen las tecnologías de la comunicación el hablarnos unos a otros –sin interferencias mecánicas– constituye el centro neurálgico de nuestra vida, en el convivir con los otros seres humanos”. (¡Bien por José Luis que reivindica la comunicación natural!)

Pilar, allí en Vélez-Málaga, nos hizo una bella demostración del poder de la palabra pensada. La nieta nada menos del gran historiador Rafael Altamira, empezó por hacernos pensar en el significado –¿o es el significante?– de la palabra *exilio* y de la palabra *historia*. La palabra HISTORIA a su juicio hace referencia a la “auténtica biografía de los pueblos”. Habíamos oído muchas definiciones de lo que es la historia –somos historiadores, después de todo– pero no habíamos caído en la cuenta de que con nuestro modesto trabajo estábamos legando a la posteridad la vida entera de un pueblo. Claro que para ello Pilar exigía una serie de condiciones: objetividad, veracidad y máximo sentido ético. Y por supuesto esta es la enorme responsabilidad de los historiadores y “¿se puede pensar entonces –seguía Pilar con su *Palabra Olvidada*–, se puede pensar algo tan cruel, para un responsable de transmitir nuestra herencia

común, como el hecho de dejar de ser testigo directo de lo que acontece en su país, y no poder ejercer libremente el trabajo al cual ha dedicado todas sus energías?”. Se le notaba que no hablaba recitando; como mínimo pensaba en su abuelo Altamira (institucionista también), pero no sólo en él.

Nos permitiréis utilizar de nuevo su texto. “Repasando los años de la guerra civil y de la postguerra, me ha sobrecogido el número de historiadores españoles, de impecable trayectoria profesional y humana, que fueron víctimas del exilio del 36”. Y una lista de al menos, 11 nombres de los que tuvo que elegir 8 para ponerlos como ejemplo desfiló por el aula: Altamira, Américo Castro, Salvador de Madariaga, Pere Bosch Gimpera, Claudio Sánchez-Albornoz, José M^a Ots Capdequí, Javier Malagón, Manuel Tuñón de Lara, Juan Marichal, Jaume Vicens Vives y Ramón Menéndez Pidal... entre otros. Pero más que sus biografías, de las que ella escogió los datos principales, y más que su perfil personal, quisiéramos destacar en esta ya larga síntesis el ejercicio de análisis y reflexión, de observación, dijo ella, con que los caracterizó como grupo.

– Compartían los tres elementos básicos de la Democracia: Libertad, Igualdad, Fraternidad, y ningún exilio consiguió hacerles perder “ese norte”.

– Profesionalmente cada uno tuvo un papel destacado en su especialidad y recibió honores y reconocimiento internacionales.

– Ideológicamente compartían los planteamientos de la I.L.E. y estuvieron vinculados a ella y a sus derivados. Aquí señaló el valor de la palabra *librepensadores*, “usado

peyorativamente por la derecha más retrógrada... en mi parecer es el calificativo más honroso que puede darse a una persona”.

– Políticamente, incluso Tuñón que fue militante del PC hasta los años 50 y Bosch Gimpera, con su nacionalismo catalán, todos fueron republicanos, es decir, defensores de la República, resueltamente antifranquistas.

– También coincidieron en su postura pacifista, en todas las guerras que vivieron.

Pero nos gustaría destacar como final una declaración de principios muy necesaria en un curso como este. ¿Por qué el persistente silencio que ha rodeado a muchos de estos hombres, incluso desde la transición? Trae a colación la amnistía, convertida en amnesia. También entre los historiadores actuales parece que se ha impuesto la memoria de tiempos pretéritos; se habla de Felipe II, de Carlos V o, incluso de la biografía de reinas del XIX, pero del exilio, la República y la guerra, excepto ahora mismo, casi nada.

Y finalmente se refiere al costoso rescate de la figura de su abuelo, tarea en la que está inmersa y que es un ejemplo de lo que cuesta normalizar el conocimiento de otros exiliados ilustres como Max Aub, Malagón, Llorens, Altolaguirre, Dieste o Rejano. Menos mal que María Zambrano tiene su fundación y existe el proyecto del Centro de Estudios del Exilio allí mismo, en Vélez-Málaga. En fin, las palabras olvidadas deberán recuperar su espacio en todos sentidos y sólo una mujer polifacética como Pilar Altamira nos podía hablar de ello.

La segunda conferencia del día correspondió a Antonio Jiménez con uno de los temas



menos tratados y quizá injustamente menos valorados para la cultura universal: el de los traductores. La labor de traducción que no recuerde la frase italiana "traduttore... traditore" es con frecuencia olvidada tanto en los datos editoriales como por los lectores.

El exilio español proporcionó un elevado número de intelectuales dedicados a distintas especialidades, que habían realizado estudios fuera de España o que por otros motivos conocían a fondo la lengua y las obras de autores extranjeros que representaban en aquellos años el pensamiento más avanzado. Su labor fue trascendental para incorporar las nuevas teorías del pensamiento en lengua española. Muchos de estos intelectuales realizaron de manera simultánea la labor de traducción con la de creación de sus propias obras y la de docencia. La imperiosa necesidad de salir adelante en el duro y competido mundo en un país extranjero hizo que estos esfuerzos fueran frecuentes y fructíferos en las diversas vertientes.

Algunos de ellos ya habían iniciado esta actividad en España, durante la década de los años 20 y 30 del siglo pasado, sobre todo a raíz de la fundación de la *Revista de Occidente* por Ortega en 1923. Nombres como Manuel García Morente (que había traducido a Kant, Abel Rey, Descartes, Leibniz, Spengler, Husserl, Brentano, Simmel, Pfänder), Eugenio Imaz (con traducciones de Goethe, Hoffmann, Litt, Spann, Simmel, Schopenhauer, Müller, Burckhardt, Jung) o José Gaos (con los nombres de Koffka, Brentano, Messer, Scheler, Hegel, Heimsoeth, Spranger, Hessen, Husserl, Huizinga, Kierkegaard, Müller, Fichte, Kant) habían

contribuido a elevar considerablemente el nivel filosófico de nuestro país hasta el punto de equipararlo con Alemania, la nación hacia donde miraban entonces todos los pensadores europeos.

Al finalizar la guerra civil en 1939, un número muy considerable de filósofos, que se había mantenido fiel a la causa republicana, tuvo que elegir el camino del exilio, encontrando en Hispanoamérica una calurosa acogida. España quedó convertida en un auténtico erial, como ha señalado cierto crítico, pues los nombres más prestigiosos del pensamiento se exiliaron: José Gaos, Manuel Granell, Luis Recasens Siches, Francisco Ayala, Joaquín Xirau, Eduardo Nicol, José Ferrater Mora, María Zambrano, Eugenio Imaz, Adolfo Sánchez Vázquez, Juan David García-Bacca, Juan Larrea, José Bergamín, Luis Araquistáin, Fernando de los Ríos, José Medina Echavarría, José Manuel Gallegos Rocafull, Manuel García Pelayo, Castor Narvarte...

La figura de Eugenio Imaz va unida de manera inequívoca a Dilthey del que tradujo una parte considerable de su obra, interpretando su pensamiento de forma bastante original; las obras traducidas fueron: *Hombre y mundo en los siglos XVI y XVII*, *Hegel y el idealismo*, *Introducción a las ciencias del espíritu*, *El mundo histórico*, *Psicología y teoría del conocimiento*, *De Leibniz a Goethe*, *Teoría de la concepción del mundo e Historia de la filosofía*, todas publicadas en la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica. (Es necesario poner de relieve que la labor de los traductores en el exilio se publicó principalmente por esta editorial, que fue

fundada por Daniel Cossío Villegas en 1934, durante la etapa presidencial de Lázaro Cárdenas, con el propósito de publicar en español la doctrina económica más avanzada.)

Además de Dilthey, Imaz tradujo obras de Kant (*Filosofía de la historia*), de Cassirer (*Filosofía de la Ilustración y Antropología filosófica*), de Huizinga, de Max Weber (*Economía y sociedad*), de Kaufmann, de Bochenski (*La filosofía actual*), de Martin Buber, de Collingwood (*Idea de la naturaleza*) y de John Dewey (*Lógica y La busca de la certeza*).

José Gaos, que ejerció como profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México y en El Colegio de México, tradujo una treintena de obras de autores clásicos, modernos y contemporáneos. Entre ellos a Heráclito, Aristóteles (traducción inédita de la *Metafísica*), Spinoza (*Ética*), Husserl (*Meditaciones cartesianas e Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*), Scheler, Dewey, Hartmann (*Ontología e Introducción a la filosofía*), Jaspers, Jaeger (*Aristóteles y La teología de los primeros filósofos griegos*), Jean Wahl, Louis Lavelle y Heidegger (*El ser y el tiempo*). Hoy en día se ha discutido alguna de las versiones de José Gaos por estar excesivamente apegadas a la literalidad del texto original.

Por su parte, Juan David García-Bacca destacó sobre todo como traductor del pensamiento clásico en lengua griega: Plotino, Parménides, los presocráticos, Euclides (*Elementos de Geometría*), Marco Aurelio, Aristóteles (*Poética*), Plutarco, Jenofonte y Platón (*Obras completas*, en 12 tomos). Tradu-

jo también a escolásticos de la etapa colonial como Suárez y Urbina, Quevedo y Villegas, Alfonso Briceño, y a autores contemporáneos: Heidegger (*Hölderlin y la esencia de la poesía, Carta sobre el humanismo*), Marx (*Diferencia entre la filosofía de la naturaleza según Demócrito y según Epicuro*), Klug, Hilbert, Riemann y Scholtz. Tradujo además obras de Santo Tomás, Newton y Hegel, pero su nombre va unido a la traducción de Platón, como el de Imaz con Dilthey y el de Gaos con Heidegger.

Wenceslao Roces tradujo fundamentalmente textos clásicos marxistas. De Marx *La sagrada familia, La ideología alemana, Las revoluciones de 1848, El capital y El manifiesto comunista*; de Engels *Dialéctica de la naturaleza y Para leer "El capital"*; de Trotsky, *Mi vida*.

José Medina Echavarría tradujo a Mannheim (*Diagnóstico de nuestro tiempo*) y a Weber (*Economía y sociedad*). Eduardo Nicol a Jaeger (*Demóstenes*) y a Cassirer (*El mito del Estado*). Y, finalmente, Joaquín Xirau a Bertrand Russell (*Los problemas de la filosofía*) y a Jaeger (*Paideia*).

El jueves 27 debido a una leve indisposición de Julia Cela se alteró el programa, interviniendo en la primera conferencia José Luis Mora con el tema "La revista *Ínsula*, un puente entre el exilio exterior y el interior", y en la segunda, Margarita de la Villa con el tema "Los grandes juristas del exilio".

Sigamos pues con el relato sucinto de nuestro curso.

José Luis Mora nos relata la aventura de la Revista *Ínsula*, nombre utilizado por Enri-



que Canito, gran conocedor de la cultura francesa y del mundo de las revistas, para abrir en 1943 una librería en la calle del Carmen de Madrid, y en 1947 iniciar la publicación de *Ínsula, Revista Bibliográfica de Ciencias y Letras*, que sería de larga vida y de amplio horizonte internacional.

La dirección de Enrique Canito se extendió hasta enero de 1983, cuando es sustituido por José Luis Cano, quien la dirigió hasta el número de mayo-junio de 1987, momento en que tomó el relevo Víctor García de la Concha.

Al analizar una revista de publicación mensual, de 60 años de vida, se contempla como si fuera en vivo el paso del tiempo en todo aquello de que trata: poesía, novela, teatro, ensayo, crítica, cine, filosofía y ciencia.

José Luis Cano tenía una fe enorme en la literatura, aprendida de Emilio Prados, Lorca, Guillén, Aleixandre y tantos otros, y la puso al servicio de un proyecto cultural que tenía una meta moral y política: la reconstrucción de España.

Cano, que era de Algeciras, le da una pincelada andaluza a la revista, dedicando sobre todo a Málaga, bellísimas poesías.

Ínsula fue una revista y una tertulia imprescindibles para el exilio y sobre todo un nexo entre los que se marcharon y los que quedaron en España.

Comenta José Luis Mora, a través del recuerdo de una frase de Aranguren, que los intelectuales españoles estaban divididos, pero no separados. Incluso en un momento en que el catalán y el gallego no estaban reconocidos como lenguas oficiales, *Ínsula*

publicó dos números monográficos dedicados a las Letras Catalanas y a las Letras Gallegas.

La revista *Ínsula* realizó una labor encomiable en el ámbito moral y en el político dentro de un marco multidisciplinar. Mostró la España interior plural y fue un soporte firme para el hispanismo.

La visión de *Ínsula* fue de amplio horizonte: americano y europeo, español en particular, tanto del interior como del exterior. Lo realmente importante era el pensamiento, y cumplió un papel decisivo en la difusión de la filosofía orteguiana.

Discípulos distinguidos de Ortega que publicaron con frecuencia en la revista fueron Julián Marías y a continuación Aranguren, Laín, Muguerza y José Luis Abellán.

Junto al pensamiento de Ortega, pronto aparecen noticias sobre libros de José Gaos, Ferrater Mora, Joaquín Xirau y García-Bacca.

María Zambrano inicia sus colaboraciones en 1952 con dos bellos textos sobre el amor, aprovechando este espacio en el que podía reflejar mejor que en ningún otro medio la síntesis de poesía y razón que era su idea principal.

En el campo filosófico, y por lo que se refiere también al plano histórico, *Ínsula* explica bastantes de los caminos que han guiado la construcción en tiempo reciente de la Historia del Pensamiento Español. Aquí la función de puente entre el exilio interior y exterior ha sido trascendental.

Transcribimos como mejor resumen las palabras del propio conferenciante: "María Zambrano añade una reflexión sin la cual

no habremos comprendido del todo la enorme importancia, radical importancia diría yo, de este puente que fue *Ínsula*. Ya no sólo porque mantuvo relaciones intelectuales que se proyectaban hasta estas relaciones personales, sino porque impidió que se interrumpiera una tradición básica para entender la historia de España en su cara y su cruz.

Ínsula es una realidad viva afortunadamente. ...tienen pleno sentido las palabras de Mainer cuando afirma que *Ínsula* fue, desde su propio nombre, una revista de emergencia, seguramente impensable en otra situación que no fuera la de libertad vigilada. Pero fue, decíamos, una contribución esencial para el futuro”.

Teniendo en cuenta la necesaria modificación del orden de las ponencias, trasladamos la escena al campo del Derecho de la mano de **Margarita de la Villa**.

Con la derrota republicana hubo un doloroso desarraigo de personas y de familias que llevaban consigo su propia identidad, personas que inician el duro camino de la lucha por sobrevivir en un medio desconocido.

Recuperar la memoria de los grandes juristas del exilio es volver a rescatar un capítulo esencial de nuestra cultura y de la historia de nuestra diáspora.

Un grupo importante, no tanto por su cantidad, pero sí por su calidad intelectual, lo integraban los juristas. Su lugar de destino fue principalmente América, donde realizaron una labor de enorme importancia, dejando huella permanente en la enseñanza del Derecho. De todos y cada uno queda la memoria ejemplar de su excelencia

en la cátedra y de su actitud ética ante la vida.

Margarita, por su propia historia, se centró en los juristas con los que tuvo una mayor cercanía, unos por haber sido sus maestros en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, otros por tratarse de egregias figuras cuyo pensamiento fue decisivo para el mundo del Derecho y de la cultura en general en varios países de América.

Así, se refirió a varios intelectuales que además de su formación jurídica dedicaron su actividad a otras disciplinas, como es el caso de Rafael Altamira (cuya nieta había intervenido hacía un par de días en este mismo Congreso), Pedro Bosch Gimpera, José Prat y otros.

Los juristas que llegaron a América desempeñaron sus actividades en distintos países del continente. Margarita hizo una semblanza biográfica, casi novelesca de su exilio y de su labor asesora y académica en los lugares de destino.

De este modo nos aproximó a Demófilo de Buen, quien después de grandes dificultades llega a México y pronto fija su actividad en Panamá. A los pocos años regresó a México, donde desgraciadamente, en plena juventud creadora, falleció.

En seguida nos encontramos conociendo la figura del político y jurista Luis Jiménez de Asúa, las vicisitudes de su vida durante la dictadura de Primo de Rivera y durante la segunda república, su exilio y su dedicación a la cátedra en Argentina.

Seguidamente nos aproximamos a conocer la vida y trayectoria política y académica



de Manuel García Pelayo. Se trata de una persona que sufrió dos veces el exilio y que al final de su vida regresa a su patria americana por resultarle imposible soportar la presión política de la derecha española. Tras su muerte se le rindieron homenajes regateados en vida: su féretro se colocó en el Tribunal Constitucional, a donde acudieron los reyes para imponerle la Cruz al Mérito Constitucional.

Como es natural no faltó la mención a la figura de Victoria Kent, una de las mujeres de mayor prestigio en la Segunda República, tanto que su nombre llegó a aparecer en el chotis de la zarzuela *Las Leandras...* Decía así (sin música por supuesto): “se lo pues decir a Victoria Kent... que lo que es a mí... no ha nacido quien... anda y que te ondulen... a la “permanent”. Y si te sofocas... que te den “col-crem”.

Victoria Kent fue alumna de Jiménez de Asúa. Desarrolló una labor extraordinaria en el campo del Derecho penitenciario. Fue nombrada, por el presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora, Directora General de Prisiones en 1931, cargo en el que realizó una ingente labor para modernizar y dignificar las cárceles españolas.

Labor semejante lleva a cabo en México, donde organiza el Centro Femenil de Readaptación Social y la Escuela de Capacitación para el personal de prisiones.

Posteriormente trabaja para la ONU en Nueva York. Antes de morir en Nueva York, pasó una breve temporada en España.

También analizó Margarita la trayectoria de Felipe Sánchez Román, sus inquietudes políticas, su gran labor como asesor jurídico

de presidentes americanos y, sobre todo, como fundador de la cátedra y del Instituto de Derecho Comparado de la UNAM.

Más juristas del exilio en el exilio: Luis Recasens Siches, Filosofía del Derecho y Sociología, Niceto Alcalá Zamora y Castillo, Derecho Procesal, y muchos otros que, por falta de tiempo no fue posible analizar: Constancio Bernaldo de Quirós, Mariano Ruiz Funes, Mariano Jiménez Huerta, Rafael de Pina, Mariano Granados, Javier Elo-la y varios más.

Se citó con particular afecto a Manuel Martínez de Aguilar y de Pedroso (para sus alumnos don Manuel) quien a su enorme cultura unía cualidades y calidades excepcionales para la enseñanza. Formó escuela, y los que tuvieron la fortuna de ser sus discípulos, siempre le recuerdan. Entre sus muchos alumnos mexicanos podemos citar a Carlos Fuentes y a Sergio Pitol (ambos Premio Cervantes). El primero, al recibir en 1987 el galardón de manos del Rey, dijo: “Muchos mexicanos somos lo que somos, y sin duda somos un poco mejores, porque nos acercamos a esos peregrinos... A nadie debo más en este sentido que a mi viejo maestro don Manuel Pedroso, que para mi generación en la Universidad de México, le dio identidad española al estudio del Derecho.”

Al terminar la intervención se mencionaron nombres de juristas españoles o hijos de españoles, nacidos en México que siguen en el campo del Derecho, como Aurora Arnáiz Amigo y Fernando Serrano Migallón, actual decano de la Facultad de Derecho de la UNAM.

Con lo anterior se puso de relieve la importancia que tuvieron los juristas españoles en los países de destino, a los cuales incorporaron definitivamente los mejores años de su vida.

El último día del curso, viernes 28 de julio, inicia las exposiciones Julia Cela, Secretaria del Curso que nos ocupa, y quien fue en todo momento el hilo transmisor, la coordinadora grata y eficaz entre la Universidad de Málaga, la Fundación María Zambrano y los despistados profesores invitados... En el programa el título de su ponencia era "Periodismo y exilio", centrandola en Argentina.

Como es natural toma como figura de referencia a Francisco Ayala en su múltiple faceta de ideólogo político, jurista al servicio del Consejo de Estado de la República, traductor, periodista y escritor.

Cuenta anécdotas de su vida como político, como conferenciante e inclusive como tertuliano, con lo cual ameniza su intervención.

Julia Cela destaca en su ponencia dos periódicos argentinos en los que colaboró lo mejor del exilio español: *La Nación* y *Crítica*, así como dos revistas, *Sur* y *Realidad*. *Revista de ideas*.

Analiza la contienda española poniendo de relieve que el enfrentamiento se podía resumir en dos posturas ideológicas: la defensa de la democracia por un lado y el autoritarismo por otro, que fueron precedentes de la Segunda Guerra Mundial.

En Argentina el Gobierno se mostraba neutral, pero la sociedad no lo era y menos la numerosa colonia española. Esboza con un animado relato la situación del ambien-

te beligerante lleno de fervor y entusiasmo hacia uno y otro bando. Había organizaciones a favor del movimiento franquista y falangista y otras favorables a la República, principalmente los intelectuales y los centros regionales de los residentes españoles.

El periódico *Crítica* lo había fundado en el año de 1913 el periodista uruguayo Natalio Botana y defendió en todo momento al gobierno legítimo de la República. Era el periódico más leído en Argentina y muchos refugiados españoles se incorporaron a su redacción. No lo hizo Francisco Ayala, aunque parezca contradictorio, por considerarlo un "periódico sensacionalista".

Una vez derrotada la República, *Crítica* siguió realizando una importante labor en pro de la solidaridad con los refugiados enviados a los campos de concentración franceses, y mantuvo una labor de oposición ideológica frente al régimen franquista.

La Nación fue en su origen un periódico conservador fundado en 1870 por Bartolomé Mitre. Años después ha sido considerado por la UNESCO uno de los 17 mejores periódicos del mundo. Su línea, liberal-conservadora, justificó el golpe de Estado y se manifestó "neutral", definición muy socorrida para evitar decantarse por una ideología determinada.

Ayala, que se dedicaba, para poder sobrevivir, a hacer traducciones para las editoriales Losada y Fondo de Cultura Económica, se incorpora también como articulista "rojo" al periódico.

Es necesario reconocer que, a pesar de su línea conservadora, *La Nación* publicó tam-

bién artículos de contenido crítico hacia los triunfadores.

Una mujer tiene en este momento en Argentina un papel trascendental en el mundo de las revistas: Victoria Ocampo.

En 1931 la destacada intelectual Victoria Ocampo funda una revista, con un nombre breve, a la vez que muy amplio: *Sur*. Esta publicación continuará viendo la luz hasta 1970 y mantuvo siempre una línea avanzada. Sus temas preferidos fueron la literatura, colaboraciones filosóficas, sociológicas y políticas, convirtiéndose en una ventana abierta al mundo.

Con la llegada del Gobierno de Perón, los principales redactores de *Sur*, Mallea, Arriaga y Luzuriaga, pensaron que había llegado el momento de crear otra revista. Con ayuda económica de las editoriales Sudamericana y Losada, fundan en 1947 *Realidad. Revista de Ideas*, en la que se van a publicar artículos de pensamiento, ensayo y crítica sobre diversos campos de la cultura y, en general, con un contenido muy similar al de *Revista de Occidente*.

Julia Cela nos aproximó con su espontaneidad y facilidad de comunicación a un mundo, el argentino, menos estudiado en España, donde han proliferado los estudios sobre el exilio literario y político en México.

Cierra el curso don Juan Fernando Ortega, Director del mismo, con el tema "La dispersión de la Escuela de Madrid". El doloroso exilio republicano dejó gravemente mutilada la filosofía dentro de España; la dispersión de la Escuela de Madrid es el ejemplo de esta afirmación.

Al terminar la guerra civil española salie-

ron al exilio muchos intelectuales y con ello se produjo una grave ruptura del pensamiento filosófico y científico en general.

Juan Fernando trae a colación que en 1978 en la obra *Panorama de la Filosofía española actual*, José Luis Abellán se refería al drama anterior haciendo alusión a los repetidos exilios que jalonan nuestra historia y que podría llamarse "el espíritu cainita del pueblo español".

Como decía María Zambrano, para afirmar que se tiene razón es preciso admitir que también los demás pueden tenerla. Excluir el pensamiento de los otros constituye un desprecio de los valores tanto propios como ajenos.

Tras la guerra civil los intelectuales que se hacen cargo de la filosofía en España, con alguna excepción, no tuvieron categoría intelectual suficiente para tener un pensamiento propio y prefirieron la imitación de filosofías foráneas. Como excepción podemos citar el caso de Menéndez y Pelayo, de los miembros de las Escuelas de Madrid y Barcelona. Como ejemplo trae a colación Juan Fernando la cita de Menéndez y Pelayo "un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida".

En la historia cultural de España el período que va desde la Restauración de 1875 a la guerra civil (1936) fue de singular importancia, llamada "edad de plata" de la cultura española y en esta época se encuadra la Escuela de Madrid.

En dicho período la cultura española avanza en todos los campos; en la literatura,

la pintura, la música y también en el pensamiento filosófico, dando un salto definitivo en la llamada Generación del 27, que tiene un carácter más popular.

Respecto a la Filosofía en particular, hay dos características que definen este período: En primer lugar, la incorporación plena a las corrientes contemporáneas europeas y, a la vez, la profundización en la relación entre la realidad histórica y la social.

Esta corriente revitalizante se rompe con la guerra civil.

María Zambrano nos habla de tres generaciones en este período: la de los precursores, la de los maestros y "la del toro".

Aun cuando Ortega y Gasset fue uno de los filósofos más importantes de la Escuela de Madrid; un renovador de la filosofía de nuestro país, María Zambrano lo critica duramente por "ver los toros desde la barrera sin bajar al ruedo nunca". Ella hubiera querido que tuviera una presencia activa en la vida política.

A pesar de todo María Zambrano le recuerda siempre como "maestro" porque además de extraordinario docente era un gran "escuchante".

Los miembros de la Escuela de Madrid no tenían un pensamiento homogéneo; así Zubiri, Zambrano, Ferrater Mora, García Morente, Recasens Siches, Aranguren, Marías y otros siguen caminos distintos de los marcados por Ortega, quien conservó una influencia moral de seriedad intelectual.

Lo fundamental es que todos ellos participaron en el movimiento más importante de renovación filosófica.

Al terminar la guerra civil con el triunfo

del general Franco se cierra el camino para el pensamiento libre.

Tan sólo las facultades de filosofía de Madrid y Barcelona podían conferir el título de Doctor en Filosofía, y por lo tanto se habla de una Escuela de Madrid y otra Escuela de Barcelona. Relata Juan Fernando cómo hasta 1978 no existía en Andalucía ninguna facultad de Filosofía, año en el que se crearon las de Sevilla, Granada y Málaga. Por lo tanto personalidades del mundo filosófico estuvieron vinculadas con las Escuelas antes mencionadas y se consideran integrantes de las mismas.

Juan Fernando vuelve a situarse en la terminación de la guerra civil, a la que considera una desgracia para la cultura española, que desemboca en una situación de enorme gravedad, sin raíces propias. No era suficiente la ideología política de Primo de Rivera ni la de Ramiro de Maeztu, Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo para continuar la brillantez que tuvo la Escuela de Madrid.

La filosofía española más avanzada se desintegra. Algunos de sus componentes emprenden un exilio sin retorno y los que volvieron se mantuvieron en una especie de exilio interior.

En México, el exilio exterior sigue desarrollando el pensamiento filosófico español más avanzado y en España, lo que hemos llamado el exilio interior o "la tercera España", trabaja, aunque con grandes dificultades, como fue el caso de "los siete magníficos" y el de García Morente.

Juan Fernando puso de relieve en todo momento la obra de José Luis Abellán sobre el pensamiento filosófico español en el exi-



lio, que tuvo como constante una enorme influencia del pensamiento orteguiano.

Como durante todo el curso, se hizo referencia a la influencia de la Institución Libre de Enseñanza y su espíritu para modernizar la enseñanza.

También oímos referencias a la revista *Escorial*, que nace en 1940 con una orientación independiente y bajo la dirección de Ridruejo; otras revistas fueron refugio del pensamiento de filósofos que vivían en España.

Con la intervención del Director del Curso se finalizó una semana de entrañable convivencia entre profesores y alumnos, muchos de los cuales expresaron su interés por seguir descubriendo estos aspectos de la historia de España.

Al final tuvimos, por iniciativa de los alumnos, unos entrañables momentos de convivencia, charla y brindis. ■

*M^a Fernanda Mancebo
Margarita de la Villa*